

acento trágico como pudiera hacerlo, en otro aspecto, Pearl Buck en «La Buena Tierra», cuya forma pausada y bíblica nos recuerda. Se debe quizá este resultado a que la estilización literaria está amalgamada de modo imperceptible con la observación justa y humana de la obra, en bien de una impresión fresca de la vida, tal como ella debe surgir en la literatura. Apenas nos atreveríamos a observar que la autora recurre a pequeñas repeticiones para hacer más sugerentes sus sensaciones de movimiento, encajadas en el paisaje diurno y nocturno. Mas eso casi nada significa en el conjunto de esta obra breve que, sin perjudicar su brevedad, logra darnos un certero ambiente humano y artístico.—L. M. R.



INTERLUDIO MENDOCINO, por *Vicente Nacarato*.

Hemos tenido oportunidad de recibir una nueva obra del poeta argentino, Vicente Nacarato, conocido en el ambiente de las letras de la República hermana por su fecunda producción literaria, de reconocido mérito.

*Interludio Mendocino*, que es la obra en referencia, es su primer ensayo en prosa.

Como buen criollo y hombre amante de su terruño, nos hace de su pueblo, Mendoza, lugar en que se desarrolla la mayor parte de los relatos, una exposición vívida llena de colorido y con un profundo sentido humano. Gracias a su estilo ameno la obra puede ser leída con agrado, pese a cierto afán por detenernos con numerosas sentencias.

Sus personajes van apareciendo casi imperceptiblemente, y en perfecta concordancia con el ambiente que les rodea, lo que le da naturalidad y contenido al relato. En algunas escenas el realismo alcanza riberas felices, como por ejemplo, en aquel capítulo en que nos habla de su primera salida al campo, cuando niño, en compañía de su padre, figura que aparece muy acentua-

da, y a quien nos cuenta que apodaban cariñosamente «*El Gringo*». Igual acierto tiene en la descripción del almacén, ventana curiosa, desde la cual su infancia asoma su inquietud de futuros.

Es indudable que el autor nos hace un magnífico retrato de su propia vida y en ella nos brinda todos los elementos de juicio, para formarnos un criterio cabal de su temperamento artístico y del ambiente que contribuye a su formación. Sus gustos, costumbres y demás pormenores nos son familiares, nada hay en ellos de extraordinario. Notamos sí en la descripción de la vida campesina el mismo problema que se hace presente en todos los países de sudamérica. Es fácil identificarse con sus inquietudes y sus pasajes infantiles, que nos hacen evocar tiempos idos y en los cuales logra éxitos felices, como en aquella participación escolar en las fiestas nacionales celebradas en la capital, provinciana, frente a las autoridades y en donde también surge la primera ilusión amorosa del autor, muy bien expresada en la obra.

Tendríamos que objetar sí, el exceso de máximas y la tendencia a la alocución patriótica, fenómeno que casi anula por completo el valor literario de algunos capítulos. Ello sin embargo no le resta el auténtico mérito que la totalidad del libro posee, que nos impresiona por el acierto de sus descripciones panorámicas y el cariño con que el poeta nos habla de su tierra, y de un pueblo vinculado a nuestra historia patria. Podemos decir, en resumen, que «*Interludio Mendocino*», como primer ensayo en prosa, asegura al escritor argentino futuros éxitos en sus nuevas producciones literarias.—ELISEO SAU.



«ANTOLOGÍA», de Angel Cruchaga Santa María.

Como una cadena infinita de seráfica lumbre, la poesía de Angel Cruchaga se tiende en esta Antología iluminando su contenido con homogéneo resplandor, y es una mano de poeta quien une estos eslabones y establece su alta jerarquía.